

cero como el de un hermano, y no egoista como el de un amante—exclamó dejándose caer sobre una silla—¿por qué me tiene sin quietud, sin calma y sin placer esta entrevista de mi principal con Soledad....?

Y Félix sentía abrasada su frente y oprimido el corazón.

Tan pronto se levantaba de la silla, como se volvía á dejar caer sobre otra sin encontrar postura ni tranquilidad.

¿Qué pasaba entre tanto en la entrevista entre Soledad y Flan?

El capítulo siguiente contestará á la pregunta.

CAPITULO XIII.

Una declaracion inesperada.

Don Felipe Flan tenia treinta y dos años de edad: era alto y bien formado; de ojos y pelo negros; de fisonomía dulce y expresiva; sus modales eran finos, y su manera de vestir, sencilla y elegante.

En todas las circunstancias de la vida conservaba un humor igual y uniforme.

En su semblante jamás se dejaba ver ese ceño adustro con que algunos principales se hacen odiosos á los que se encuentran y sus inmediatas órdenes, y alejan de sí la confianza y el cariño.

Por el contrario, era un hombre afa-

ble y urbano, hijo de padres de escasa fortuna, pero que le habian dado una educacion esmerada, y que mas tarde, dedicándose al comercio, vió recompensados liberalmente sus afanes. Uno de esos hombres modestos y simpáticos que, con su honradez y actividad han sabido crearse una posicion distinguida, y que lejos de avergonzarse de su mediano origen, cifran, y con justicia, su mayor gloria en presentar las privaciones que han sufrido y los trabajos que han pasado durante sus mejores años, como las honrosas páginas de su intachable vida. Una de esas personas que no se han envanecido con los halagos de la fortuna, y que conservando su modestia y afebilidad y el respeto á sus padres que les dieron con su ejemplo el mejor capital que existe, el amor al trabajo y la honradez, llevan en su sencillez la simpatía de sus subordinados, en su franqueza el cariño de sus amigos, y en su benevolencia, el aprecio de la sociedad entera.

La honradez y la sencillez son los mejores timbres de nobleza que puede presen-

tar el individuo que aspire á la estimacion general.

Don Felipe poseía en alto grado estas dos bellas cualidades: reunia ademas, á una educacion esmerada, un corazon generoso que se revelaba en todas sus acciones.

Esta nobleza de sentimientos fué la que le dictó el filantrópico rasgo de proporcionar á la hermosa Soledad un lugar distinguido en su casa y todas las comodidades que contribuyen eficazmente á hacer agradable la vida.

Despues, aunque prendado de sus relevantes virtudes y de su rara hermosura, subordinó su amor á las precisas líneas del respeto, y aunque fino y obsequioso con ella procuraba en todos sus actos indicarla el preferente lugar que ocupaba en su corazon, jamás dejó escapar una frase que se pudiese interpretar por una declaracion, temiendo ser indiscreto en caso de que su alma se hallase ya ocupada con la imágen de otro venturoso mortal.

Pero aquel mismo silencio y aquel temor de que otro fuese ya dueño de su cariño,

fueron poderosos alicientes que aumentaron de una manera indecible su amor.

Abrasado por el fuego de su pasión, que fué creciendo á medida que iba descubriendo cada dia nuevas virtudes y nuevos atractivos, conoció que no le quedaba otro medio de poner término á sus padecimientos, que revelar sinceramente los afectos de su corazón á la mujer que ocupaba á todas horas su pensamiento.

Tomada esta resolución, aun vaciló por mucho tiempo, hasta que por último eligió el momento en que nos encuentra nuestra historia.

Soledad le recibió con la amabilidad de una persona bien educada y agradecida, pero inquieta en su interior por el asunto que sospechaba le llevaba á aquel sitio.

—He solicitado esta entrevista—dijo D. Felipe despues de los saludos de estilo y de sentarse al lado de la jóven—no porque juzgue que la hora es la mas oportuna para ello, sino porque he querido aprovechar el instante en que me he creído con mas valor

para tratar de un asunto que importa la felicidad ó la desgracia de toda mi vida.

Soledad comprendió lo que entrañaba aquel introito, y se estremeció.

—¡Un asunto que envuelva su dicha ó su desgracia!

Dijo con voz entrecortada la jóven.

—Sin duda alguna.

—¿Y viene vd. á comunicarme negocio de tan alto interes?

—Le debe, en efecto, parecerle á vd. extraño; pero cambiará de opinion cuando sepa vd. que no se trata de negocios mercantiles, ni de interes pecuniario, ni de nada que tenga relacion con asuntos de comercio.

—Pues entonces....

Contestó titubeando la afligida jóven.

—¿Cree vd., hermosa Soledad, que los bienes de fortuna, por sí solos, bastan á hacer la felicidad del hombre?

—No señor, nunca lo he creído así.

—Hay en la vida de la criatura humana un sentimiento que no puede satisfacerse ni con todos los refinados placeres inventados por la adelantada sociedad de nuestro

siglo, ni con todos los goces que proporcionan los tesoros de la tierra. ¿Comprende vd. cuál es este sentimiento.....?

—Cualquiera de los mas nobles del alma: el de la virtud, el de la esperanza..... el de la conformidad.....

—Hay otro.

—El de la tranquilidad de conciencia... el de la piedad.....

Y Soledad se detuvo como si no recordase otro alguno.

—Tenga vd. la bondad de continuar.....

—Tal vez el de la amistad.

—¿Y no halla vd. otro en el catálogo de los afectos íntimos y puros?

—No traigo á la memoria ningún otro.

—Pues bien, le recordaré yo á vd. el que ha dejado de nombrar, y que es sin duda el que mas dulce y despóticamente domina en todo el mundo y que se entroniza en el corazón de todos los individuos.

—¿Cuál?

—El amor.

—¿El amor!

—Sí, Soledad, el amor. ¿Hay alguno que

se haya sustraído de pagar tributo á su universal imperio?

Soledad guardó silencio.

—Extraño, sin duda, le parecerá á vd. mi lenguaje:—continuó D. Felipe al notar que la jóven permanecía callada.—Tambien á mí se me hace extraño expresarme así, porque es la vez primera que formulan mis labios palabras en sentido amoroso: sufría los tormentos de una pasión vehemente, y la callaba. Amaba con toda la fuerza con que el alma es capaz de amar, y temía confesar mi amor á la hermosa que me lo inspiraba, receloso de ofenderla. ¡Tan angélica y tan pura se ha presentado siempre á mis ojos.....! Sí; tan angélica y tan pura, que no he podido persuadirme de que exista en la redondez del mundo un solo hombre digno de aspirar á la dulce posesión del ángel que idolatro. Pero mi inquietud crecía, y aunque nada me prometiese de mi ningún mérito, confiaba mucho de su benevolencia, conocía las virtudes y generosidad de su noble alma, y descansando en

ellas, me he resuelto á romper un silencio que me oprimia el corazon.

Soledad no supo que responder: estaba convencida de que ella era la persona á que aludia, y pensaba que guardando silencio evitaria una declaracion que temia sobre manera.

—Pero vd. nada me dice, hermosa Soledad;—añadió Don Felipe.—¿Reprueba vd. acaso mi determinacion?

—Nada de lo que vd. dispone puede ser reprobado:—contestó con virginal modestia la jóven;—porque en todos los actos de vd. resaltan su buen juicio, su prudencia y su amabilidad.

—Mucho me lisonjea la buena opinion que de mí tiene vd. formada; pero temo que tenga vd. que mudar de parecer cuando llegue vd. á saber el nombre de la jóven que ha interesado mi corazon, y cuyo amor es el único bien, el bien supremo á que aspiro en la tierra.

—Sea cual fuese la persona en quien haya vd. puesto los ojos, lejos de ofenderse

por la preferencia que vd. le ha dado sobre todas las de su sexo, sabrá agradecer esa distincion con que vd. la honra.

—¿Y si yo solicitase algo mas que agradecimiento? ¿Si en vez de aspirar á su gratitud, tuviese la temeridad de aspirar á su amor?

Soledad se quedó sin saber que contestar: su situacion era cada vez mas difícil y embarazosa. D. Felipe añadió:

—¿No se digna vd. emitir su parecer con respecto á la respuesta que cree vd. alcanzaria?

—Para contestar á esa pregunta, seria preciso saber si el alma de esa jóven se mantenía libre aún del imperio de esa passion que hace poco decia vd. domina en todos los corazones.

—El deseo de adquirir ese conocimiento ha sido uno de los motivos que me han impedido á solicitar esta entrevista.

—¿Cómo!

—Porque vd., mejor que nadie, puede informarme del estado que guarda el alma de

la mujer que idolatro con todas mis potencias.

—¡Yo,....!

—Sí; hermosa Soledad, porque esa jóven angelical, dechado de todas las virtudes, de todas las perfecciones y de todas las gracias; esa jóven que respeto y amo como se respeta y ama á los séres pudorosos, sin defecto y sin mancilla; esa jóven cuyo dulcísimo amor inundaria en un océano de dichas inefables mi existencia, convirtiendo el mundo en una mansion de bienaventuranza; esa jóven, es vd.... vd., en quien Dios ha reunido todos los tesoros que embellecen el alma y el cuerpo de la criatura.... ¡Ah.....! sepa, pues, yo de una vez lo que le espera á esta pasion que la belleza y los hechizos de vd. han despertado en mi pecho. Sepa yo si ese corazon, dotado de las mas nobles cualidades, ha permanecido retraido al vivo fuego del amor, ó si acaricia en su fondo la memoria de otro mortal que ha tenido la inefable dicha de alcanzar su angélica ternura.

Y D. Felipe esperó ansioso la respuesta:

sus ojos estaban fijos en el rostro de la hermosa aguardando que se abriesen sus virginales lábios.

Soledad, temiendo ofender con la verdad de sus sentimientos al hombre que le habia colmado de beneficios, y no pudiendo por otra parte contribuir á que alimentase una esperanza irrealizable, buscó las palabras mas dignas y agradables para eludir una contestacion categórica.

Pero esto no podia satisfacer las exigencias de un corazon verdaderamente enamorado.

Don Felipe habia hecho esfuerzos inauditos para dar aquel paso, y no podia retirarse sin saber el lugar que ocupaba en el alma del ángel de sus ensueños.

Las palabras de Soledad, lejos de destruir la duda que respecto á conseguir su amor abrigaba, no hicieron mas que prestarle mayor fuerza, y en consecuencia, avivar el deseo de salir de incertidumbres.

Resuelto, pues, como estaba á recibir una contestacion favorable ó un amargo

desengaño, contestó de esta manera á las dulces frases de la hermosa.

—Me son muy conocidos los finos principios de su educacion, su excesiva modestia y el virginal rubor de su alma pudorosa, para no estar firmemente persuadido de lo mucho que le costará expresar sinceramente los afectos de su corazon; pero estoy cierto de que sabrá vd. disculpar la pretension que tengo de saber si mi pasion puede aspirar á la dicha de verse correspondida, cuando sepa vd. que el conocimiento de la verdad era indispensable á la tranquilidad de mi alma.

—Quien obra siempre con la rectitud de vd. no necesita que le disculpen, puesto que está muy lejos de incurrir en culpa alguna.

—Mil gracias: es vd. muy bondadosa al juzgarme.

—No hago mas que hacer justicia á la rectitud de sus principios.

—Al menos mi mayor empeño ha sido siempre no separarme un ápice de la línea

que trazan la moral y la urbanidad al hombre en sociedad.

—Y estoy segura de que ha conseguido vd. su objeto.

—Me alegro de que á los ojos de vd. haya aparecido de esa manera.

—Y á los de cuantos tienen la dicha de tratar á vd.

—¿Y respecto á mi pasion....? ¿Ha encontrado una acogida tan favorable en el alma de vd. como mi comportamiento....?

—Puedo asegurar á vd. que merecer el amor de vd. me lisonjea en extremo.

—¡Oh!.... á mi me enloqueceria alcanzar de vd. su correspondencia, que es lo que anhelo, lo que codicio, lo que ambiciono en la tierra....! ¿Seré tan feliz que lo consiga....? Suplico á vd. que me responda con toda ingenuidad.... ¡Sí, yo se lo suplico con todas las veras de mi alma! ¿Me ama vd., Soledad?

—¡Ah....! ¡D. Felipe!—exclamó la jóven tristemente:—¿Por qué exige vd. de mí la respuesta á esa pregunta?

—¡Habré adivinado!—Dijo D. Felipe con abatimiento:—¡Amará vd. acaso ya á otro!

—¡Qué adelantaria vd. con saberlo!

—¡Tal vez á Félix.... á su querido primo!

—No; le juro á vd. que no es á mi primo.

Exclamó rápidamente Soledad.

—¡Luego es á otro! ¡Ah! ¡se acabó mi esperanza! ¡Se acabó mi felicidad!

Dijo melancólicamente abrumado por el peso del dolor el señor Flan.

—Por Dios, D. Felipe, su aficcion de vd. me desgarrá el alma.... ¡Por qué me ha obligado vd. á romper el misterio que encerraba profundamente dentro de mi pecho!

—¡Era preciso! ¡yo no podia vivir atormentado continuamente por la duda! ¡Amaba á vd. con toda la pureza del que ama por primera vez, y necesitaba conocer lo que debia esperar de este amor! ¡Y ya lo he visto!—añadió profundamente conmovido:—¡pesar y lágrimas para el porvenir! ¡Pero no le culpo á vd. de mi desgracia! ¡Podia vd. conocer mi amoroso anhelo cuando el temor habia enmudecido mi lengua,

en tanto que otro se anticipaba á mi declaracion?

—No; no ha sido su silencio de vd., D. Felipe.... ¡Mi desgraciado amor es anterior á la apreciable amistad de vd!

—¡Desgraciado amor ha dicho vd!

Exclamó D. Felipe asombrado con aquellas palabras y conmovido por la manera melancólica con que habian sido pronuciadas.

—Sí señor.... ¡y muy desgraciado!

Y los ojos de Soledad se cubrieron de lágrimas.

Don Felipe, que un momento antes se creyó el mas desgraciado de los hombres, olvidándose en aquel instante de sus penas, solo trató de consolar á la mujer que habia destruido su esperanza. ¡Tan generoso era su corazon, y tan puro su amor hácia aquella jóven, cuya felicidad anhelaba como la suya propia.

—Pero.... ¿en qué consiste esa desgracia?—Preguntó con bondadoso interes:—¡El jóven á quien ama vd....?

—¡Me ha olvidado!

Contestó Soledad sin dejarle acabar.

—¡Olvidarla á vd. despues de conocerla!

—¡Sí, D. Felipe!

—¡Imposible!

—¡Y sin embargo, nada es mas cierto!

—¿Ha existido algun motivo para ello?

—Ninguno de mi parte.

—¿Y de la suya?

—¡Lo ignoro!

—¡Y sin embargo, le ama vd!

—Si él se ha olvidado de sus juramentos, ¿debo yo imitar su falta?

—¡Oh! no sé qué responder á esa pregunta.... ¡amo á vd. tanto!

—Vd., D. Felipe, es acreedor por los distinguidos favores que se ha dignado dispensarme, y por las atenciones de que me ha colmado, á que yo le abra mi corazon con la franca confianza con que lo haria con un hermano.

—¡Gracias!

—Vd. me trajo á su casa sin conocerme; sin saber los antecedentes de mi vida; sin preguntarme siquiera nada sobre ella ni sobre mi familia.

—Me bastó ver á vd. para leer en su rostro las virtudes de su alma, y no hice mas que cumplir con un deber.

—Y yo me creo obligada á cumplir hoy con el mio, revelándole á vd. quién soy, y las causas que concurrieron para conducir-me á la vida oscura en que vd. me encontró; pero ante todo, me veo precisada á suplicarle me conceda un favor.

—¿Cuál es?

—Prométame vd. antes que me lo concederá.

—Empeño mi palabra de obsequiar su voluntad.

—De perdonar una superchería que hasta hoy he sostenido con vd. y con el público; pero una superchería con la que á ninguno ofendia ni dañaba, y que era, sin embargo, la salvaguardia de mi honra.

Don Felipe quedó sorprendido de aquellas palabras. Acababa de oir de los lábios de aquella mujer á quien habia calificado de ángel purísimo y sin mancha, que su corazon, para él hasta entonces cándido y